

# Auge y caída del Tractatus Logico- Philosophicus

Alejandro Tomasini Bassols\*

1) “Por sus frutos los conoceréis”. Yo pienso que esta conocida sentencia del *Nuevo Testamento* puede servir perfectamente bien para inspirar algunas reflexiones en torno al famoso primer gran libro de Ludwig Wittgenstein, el *Tractatus Logico-Philosophicus*, cuya publicación secular festejamos ahora. Después de todo, una recopilación de datos relevantes que confirmen la influencia del *Tractatus* en la cultura filosófica contemporánea podría resultar inclusive más elocuente y convincente en lo que a su vigencia concierne que un nuevo recorrido por pasajes conocidos y estudiados hasta la saciedad. Y quizá la primera gran sorpresa que uno se lleva si acata la sentencia que el *Evangelio* enuncia y la aplica en relación con otras cuestiones nos la proporciona una constatación simple pero de importancia nada desdeñable, a saber, ¡que abundan los

filósofos que son tractarianos sin siquiera saber que lo son! En otras palabras, pienso que hay bases para sostener que hay muchos puntos de vista expuestos y defendidos en el *Tractatus* que multitud de filósofos, implícita o explícitamente, hace suyos pero sin reconocerlo o sin saberlo. Antes y a reserva de ejemplificar rápidamente en lo que sigue lo que estoy afirmando, quisiera rápidamente ofrecer un esbozo de diagnóstico de tan extraña situación. ¿Por qué, si mi sospecha es acertada, habría tantos tractarianos que no se reconocen como tales? En mi opinión, la explicación gira en torno a una situación muy simple: lo que sucede es que Wittgenstein fue siempre un pensador original, es decir, no asimilable a ninguna corriente y, por consiguiente, un pensador poco proclive a servirse de terminologías acuñadas por otros. Esto hace que sus mensajes filosóficos

Fecha de  
recepción:  
2022-06-26  
Fecha de  
aceptación:  
2022-08-10



\* Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM.

vengan, por así decirlo, encriptados de un modo que le resulta muy difícil a los profesionales de la filosofía estar permanentemente traduciendo de su idioma filosófico a uno más común y compartido. Los mensajes filosóficos de Wittgenstein de todos modos llegan a la conciencia filosófica y la impactan, pero al ser traducidos a los lenguajes filosóficos estándar automáticamente se les hace perder su conexión con la fuente original. Y es entonces que se plantea la situación de estar asumiendo, repitiendo, difundiendo puntos de vista puestos en circulación explícitamente por Wittgenstein sólo que ya sin su cuño, sin su marca. El ejemplo paradigmático, como era de esperarse, lo tenemos en la Teoría Pictórica. Yo pienso que la inmensa mayoría de los filósofos son adeptos de dicha teoría, pero como nadie usa las nociones que Wittgenstein acuñó, como “retrato” (*Bild*), “retrato lógico”, “relaciones pictóricas”, “forma pictórica”, “método de proyección”, etc., entonces la idea circula, se populariza pero nadie le da el crédito a quien en primer lugar la construyó, sistematizó y puso en circulación. Yo al menos no sé de nadie que use esa terminología. Pero preguntémos: si hacemos las traducciones apropiadas, ¿quién rechaza la idea del carácter esencialmente pictórico de la representación lingüística y mental?, ¿quién se opone a la idea de que el lenguaje y la realidad deben tener algo en común para que el primero pueda representar a la segunda?, ¿quién estaría dispuesto a rechazar la idea de

que las matemáticas son un método lógico?, ¿quién negaría que la muerte no es un evento más o que no hay tal cosa como el paso del tiempo?, ¿quién rechazaría la idea de que las teorías científicas son como redes lingüísticas por medio de las cuales “pescamos” hechos del mundo? Yo en verdad estoy persuadido de que son muy pocos los pensadores que se salen, por así decirlo, de la *Weltanschauung* tractariana. Inclusive si se le critica y se intenta hacerle por aquí o por allá alguna que otra enmienda al contenido del libro, básicamente en su inmensa mayoría los filósofos profesionales son y siguen siendo tractarianos.

2) En concordancia con lo que dije, lo que procede ahora es **mostrar** que efectivamente **hay** filósofos que son tractarianos, en el sentido de que aprovechan abiertamente ideas del *Tractatus*, sin siquiera reconocerlo; más aún, sin siquiera mencionar a Wittgenstein y reconocer la deuda filosófica que con él tienen. Para hacer ver esto examinaré muy rápidamente algunas tesis de D. Davidson, algunas ideas del libro de J. Fodor, *El Lenguaje del Pensamiento*, y consideraré velozmente la así llamada ‘teoría semántica de la verdad’, esto es, la concepción de la verdad puesta en circulación por A. Tarski. Sostengo que en todos ellos encontramos ideas tractarianas sin el debido reconocimiento. Si logramos hacer ver que efectivamente ello es así habremos reforzado nuestra convicción de que la filosofía

del *Tractatus*, para bien o para mal, parece gozar de buena salud.

A) *Davidson*. En la obra de Davidson es factible reconocer dos claras fuentes de inspiración, ampliamente reconocidas por él, que son las obras de W. V. O. Quine y de A. Tarski. Al igual que sucede con sus maestros, para Davidson el enemigo acérrimo, el adversario jurado es, obviamente, el segundo Wittgenstein. Pero precisamente por ello es factible detectar en muchos de sus trabajos la presencia y la influencia del pensamiento del primer Wittgenstein, en quien de manera natural ven un aliado. Este posicionamiento davidsoniano dio lugar a situaciones que son hasta cómicas, como pasa, por ejemplo, con su artículo "What Metaphors Mean", en el que Davidson critica lo que puede ser identificado como una posición propia del Wittgenstein de la madurez desde una plataforma constituida por lo que puede fácilmente percibirse como filosofía del lenguaje de claro raigambre tractariano. En su artículo, "The Method of Truth in Metaphysics", por ejemplo, si bien Davidson ni siquiera menciona a Wittgenstein, es de todos modos evidente que la concepción del lenguaje que hace suya es claramente la concepción del lenguaje del Wittgenstein de la época del *Tractatus*. Podríamos dar otros ejemplos de ensayos de Davidson en los que, explícita o tácitamente, la filosofía del lenguaje del *Tractatus* está presente. No quiero decir, desde luego, que Davidson simplemente tome y re-

pita ideas de Wittgenstein. Yo diría que eso no lo hace ni con los pensadores a quienes más de cerca sigue. No obstante, sí podemos hablar de una clara presencia y de una innegable influencia del primer Wittgenstein en su filosofía. Pero, concretamente, ¿a qué nos referimos cuando aludimos a dicha presencia?

La presencia del *Tractatus* en Davidson concierne ante todo y primordialmente a la concepción del lenguaje. Recordemos rápidamente algunos de los rasgos distintivos de la concepción tractariana del lenguaje. El lenguaje es para Wittgenstein la totalidad de las proposiciones y una proposición es una oración, un signo proposicional, un retrato lingüístico, pensado y usado o, en terminología wittgensteiniana, en su relación proyectiva con el mundo. Toda proposición, toda fórmula lingüística bien formada es o verdadera o falsa. Lo único que nos importa de las oraciones es que al ser empleadas se les puede adjudicar un valor de verdad y no hay más que dos: verdad y falsedad. Así pues, una proposición, que es algo complejo, es necesariamente o verdadera o falsa. De hecho, lo único que importa es precisamente este carácter bipolar. Qué se haga con las oraciones, si con ellas se cuentan chistes o chismes o se recita poesía o se narra un partido de fútbol, es ya algo que tiene que ver con la aplicación del lenguaje, con la subjetividad, con la utilidad, con las intenciones de los hablantes, etc., es decir, es filosóficamente irrelevante. En otras palabras, Wittgenstein hace suya una concepción

proposicionalista del lenguaje. La presente de este modo para marcar de la manera más notoria posible el contraste con la concepción del lenguaje que emana de las *Investigaciones Filosóficas* y que podemos identificar como la concepción praxiológica del lenguaje, esto es, la concepción del lenguaje articulada en términos de juegos de lenguaje y formas de vida. Nada más ajeno y repelente para Davidson que la segunda filosofía de Wittgenstein, lo cual explica su profunda simpatía, silenciosa pero empática al fin, por el pensamiento del joven Wittgenstein.

Ahora bien, la concepción proposicional del lenguaje tiene que dar cuenta del sentido de la proposición, para lo cual tiene que ocuparse de su composición. Al igual que para Frege, para el *Tractatus* el sentido de una proposición es una función de los significados de sus partes, esto es, de sus nombres. A este respecto vale la pena señalar que Wittgenstein no se deja llevar por consideraciones superficiales de notación. Para él, una expresión como 'Fa' se compone de dos "nombres" los cuales son significativos porque tienen significado. Pero ¿qué es tener significado? Una expresión (un "nombre") tiene significado porque se asoció con el signo un objeto. La relación que lleva del nombre al objeto es lo que Wittgenstein llama 'relación pictórica'. Obviamente hay más nociones involucradas, pero lo importante es observar que al explicar de este modo la representación de los hechos, el *Tractatus* inaugura lo que podemos

llamar la 'visión **calculista** del lenguaje'. Dada la formación filosófica de Davidson, es comprensible que éste la hiciera suya **incondicionalmente**.

Habría que admitir que la comunión de ideas entre Davidson y Wittgenstein no va mucho más allá. Davidson estaba interesado en utilizar su concepción del lenguaje para dar cuenta de, e.g., las creencias, las relaciones causales, las teorías ontológicas, etc. Wittgenstein no. Wittgenstein era un atomista lógico radical, en tanto que Davidson, como buen discípulo de Quine, era más bien un holista respecto a las creencias. Si la concepción puramente lógica del lenguaje que comparte con Wittgenstein le permite adoptar el holismo quineiano referente a las creencias o no, es un tema en el que en este trabajo no entraré. Lo que me interesaba era básicamente argumentar que en uno de los filósofos más destacados de la segunda mitad del siglo XX, como lo fue Donald Davidson, la presencia del *Tractatus* es palpable (aunque casi clandestina) y eso sin duda alguna es una forma de probar de que el pensamiento del joven Wittgenstein sigue dando muestras de vida.

B) *Fodor*. Otro pensador que se encuentra en las antípodas del segundo Wittgenstein es J. Fodor pero, una vez más, su extrema animadversión por el segundo Wittgenstein lo acerca no de un modo notable al *Tractatus*. Dado que, de nuevo, lo único que nos interesa es poner de relieve la influencia

del primer Wittgenstein en este filósofo, me limitaré a meramente apuntar la “convergencia” que me interesa destacar para justificar mi juicio.

A decir verdad, no creo que sea descabellado afirmar que en gran medida lo “revolucionario” del pensamiento de Fodor proviene del hecho de que él mantuvo los mismos puntos de vista que cualquier filósofo idealista del siglo XVII, sólo que hábilmente reubicados en el marco de la teoría de la computación y parafraseados en su terminología. A él se le debe en mucho el desorden conceptual que prevalecía en la filosofía de la mente, del cual ha costado tanto salir y *consistente* en distorsionar al máximo ciertas nociones para darles un tinte “técnico” y hacerlas pasar por legítimas tal como él las emplea. Claros ejemplos de ello son las nociones de representación y de pensamiento. Fodor es de los que pensaban (como N. Chomsky, por ejemplo) que para explicar el aprendizaje y la interiorización del lenguaje se tiene que presuponer un lenguaje que no sea aprendido y que por lo tanto tendría que ser innato. Este lenguaje es el “lenguaje del pensamiento” porque, contrariamente a lo que el sano wittgensteinianismo sostendría, Fodor opinaba que el pensamiento viene lógica y metafísicamente antes que el lenguaje natural. A su lenguaje del pensamiento Fodor lo llamó ‘*mentalese*’. Ahora bien, no es mi propósito volver a discutir temas acerca de los cuales en otro lugar ya dije lo que pensaba, pero sí lo es sacar a la luz algunas presupo-

siciones tractarianas de Fodor a fin de reforzar nuestra hipótesis de que en muchos ámbitos filosóficos la filosofía del *Tractatus* goza de buena salud. Las presuposiciones a las que me refiero son más bien obvias y, una vez más, tienen que ver con el lenguaje.

En el *Tractatus*, todavía bajo la influencia del cartesianismo y del russellianismo, Wittgenstein claramente distingue entre un pensamiento y una proposición. El pensamiento es un estado psíquico, en tanto que una proposición es un objeto lingüístico. Una proposición puede ser absurda, pero un pensamiento no, puesto que, como se nos lo recuerda en el *Tractatus*, no podemos pensar ilógicamente. Ahora bien, tenemos una proposición cuando un hablante usa una oración entendiendo los significados de sus partes semánticamente relevantes. Pero, ¿qué es entender? Quiere decir que uno efectivamente asocia “mentalmente” un signo, un nombre con el objeto que es su significado. Por otra parte, cuando pienso, es decir, cuando me represento mentalmente algo, por ejemplo que Juan es mexicano, entonces expreso eso que pienso en español diciendo que Juan es mexicano. Asumiendo que es verdad lo que digo, entonces tenemos conexiones entre objetos en tres niveles: el factual, es decir, los elementos del hecho constituido por Juan y el objeto/propiedad ‘ser mexicano’; el lingüístico (los nombres ‘Juan’ y ‘es mexicano’) y el mental (pienso en palabras menta-

les, acerca de las cuales Wittgenstein mismo reconoce no tener ni idea de qué puedan ser), gracias a lo cual eso que expreso verbalmente permite generar una proposición. Si yo no pensara lo que digo, entonces hablaría como un perico o como una grabadora. Para Fodor eso que “pienso” es una ‘representación en el lenguaje del pensamiento’.

Curiosamente, eso que Wittgenstein afirma en el *Tractatus* es más o menos lo que Fodor sostiene, si bien, una vez más, lo hace con una terminología y en un estilo totalmente diferentes de los de Wittgenstein. *Grosso modo*, la posición de Fodor es que la adquisición de un lenguaje sólo es explicable mediante la postulación de uno no adquirido, que sería mental e innato. Es gracias a este supuesto lenguaje que los sujetos pueden tener representaciones y estas representaciones (estados y procesos cognitivos) pueden a su vez ser presentadas en un sistema representacional objetivo, que de acuerdo con Fodor sería el lenguaje de la computación. Esto también es una idea tractariana, porque Wittgenstein afirma que si bien desconoce la naturaleza de las palabras mentales, lo que él sí sabe es que sean lo que sean tienen que constituirse en oraciones mentales, es decir, en retratos mentales. O sea, el que sean mentales es secundario: lo que importa es que sean representacionales o, en terminología del *Tractatus*, que tengan un carácter pictórico. Así pues, la idea es traducir todo lo que describimos como

“pictórico mental” a “representacional” y presentar esto como computacional. No me extenderé en la reconstrucción de las absurdas teorías de Fodor, primero, porque no es mi tema y, segundo, porque son insalvables. Mi objetivo era simplemente mostrar que incluso adversarios declarados de Wittgenstein, en particular, obviamente, del segundo Wittgenstein, hacen suyos puntos de vista del otro, del verdadero rival del segundo Wittgenstein, a saber, el primer Wittgenstein. Por lo pronto, creo que podemos afirmar que en la actualidad, tanto en filosofía del lenguaje como en filosofía de la mente, la presencia del *Tractatus* se hace sentir.

C) *Tarski*. Como es bien sabido, también Tarski era un enemigo declarado del segundo Wittgenstein, aunque quizá no del primero, pero en todo caso si no se apoyó en la obra de Wittgenstein para desarrollar su famosa teoría de todos modos es obvio que para cuando él produjo su teoría ya había leído el *Tractatus*. De hecho, hay coincidencias que son hasta sospechosas. Si bien es cierto que en su libro Wittgenstein nunca presentó la concepción semántica de la verdad al modo matemáticamente correcto y pulcro como Tarski lo hizo, de todos modos, la intuición fundamental de dicha teoría está claramente recogida en su libro, publicado un poco más de diez años antes de que Tarski presentará su trabajo sobre la verdad. Esto es algo que Jaakko Hintikka ha dejado perfectamente en claro. Permítaseme citarlo. Dice:

Dicho brevemente, en lo que a las proposiciones atómicas concierne, **la así llamada teoría pictórica es equivalente a la cláusula para oraciones atómicas en una definición de tipo Tarski.** La famosa relación de pictoricidad no es más que la mismísima relación de isomorfismo que en la semántica lógica define la verdad de las oraciones atómicas. La mal etiquetada ‘teoría pictórica del lenguaje’ no es más que la anticipación de Wittgenstein a la primera cláusula de una definición de verdad de tipo Tarski.<sup>1</sup>

De hecho, como he argumentado en otros trabajos, se puede plausiblemente argumentar que el *Tractatus* contiene no una sino **tres** teorías de la verdad y ello sin ser incoherente porque lo que Wittgenstein realiza es una labor de aclaración conceptual de distintas facetas del concepto de verdad. Dichas teorías son la teoría de la correspondencia, la teoría de la redundancia y lo que yo he llamado la ‘teoría lógica de la verdad’, que es precisamente el antecedente filosófico de la famosa teoría semántica de la verdad construida por Tarski. En efecto, al decir Wittgenstein que es en la concordancia de un retrato con el hecho retratado en lo que consiste su verdad, lo que Wittgenstein está haciendo es adelantarse al esquema tarskiano del predicado de verdad para las proposiciones elementales de los lenguajes formalizados. De acuerdo con esto, decir que ‘Fa’ es verdadero es decir que el retrato ‘Fa’ “concuerta” con el hecho **Fa**, pero esto a su vez no es otra cosa

que decir que ‘a’ **satisface** la función ‘F’, por lo que lo que se está afirmando es simplemente que:

‘Fa’ es verdad si y sólo si Fa.

Wittgenstein usa la noción de concordancia donde Tarski usa la noción de satisfacción. La intuición en ambos casos es la misma.

Con base en lo que he expuesto estamos en posición de responder a la pregunta: ¿es la filosofía del *Tractatus* una filosofía viva, está vigente, es aprovechada en la labor cotidiana de multitud de filósofos? Yo creo que la respuesta es un contundente ‘sí’. No obstante, quisiera matizar la respuesta: sí, la filosofía del *Tractatus* está más viva que nunca, pero sólo en el contexto de la filosofía tradicional o convencional. Hay otro sentido en el que el modo de pensar que encarna en el *Tractatus* está pasado de moda, por no decir que está completamente rebasado y destruido. Intentaré explicar lo que afirmo en forma concisa.

3) El *Tractatus Logico-Philosophicus* es ante todo y en primer lugar un libro de filosofía de la lógica. Que sea eso no tiene nada de misterioso y más bien es algo perfectamente explicable. Cuando Wittgenstein estudiaba en Cambridge, bajo la tutoría de Russell, y mientras redactaba su texto en el frente oriental, durante la Primera Guerra Mundial, a la manera de una bomba de hidrógeno

<sup>1</sup> Merrill B. Hintikka y Jaakko Hintikka, *Investigating Wittgenstein*. Oxford, Basil Blackwell, 1986, p. 95.

la lógica hacía explosión y modificaba radicalmente la cultura de la época. El esfuerzo logicista de fundamentación de las matemáticas generó programas alternativos, los cuales a su vez propiciaron la gestación de nuevos y decisivos resultados, como los famosos teoremas de Gödel de completitud y de incompletitud. Cuando las condiciones estaban ya maduras, lo que era la nueva realidad matemática se fue paulatinamente acercando a las ingenierías y se dieron entonces nuevos resultados, de consecuencias por aquel entonces inimaginables. Aparecieron las máquinas de Turing y se desencadenó el desarrollo de la computación, la cual por sus aplicaciones y consecuencias cambió de arriba a abajo la vida en el planeta. Es bueno tener presente, creo yo, que esto que terminó siendo una transformación cultural total a nivel mundial tuvo sus inicios precisamente en los trabajos de fundamentación de las matemáticas por parte de un solitario y oscuro profesor de Jena, Gottlob Frege, y de Bertrand Russell. Lo que Wittgenstein hizo fue empaparse de lo que en su tiempo era la disciplina de vanguardia, alentado de diverso modo ni más ni menos que por los dos más grandes lógicos de la época y desarrollar una filosofía completamente nueva tomando como base precisamente a la lógica. Por eso su libro, cuyo título mismo es revelador pues no significa otra cosa que 'tratado de Filosofía que tiene como base a la Lógica', es fundamentalmente un libro de filosofía de la lógica. Se trata de una filosofía que

no tiene ni antecedentes ni rivales. En el libro no sólo se nos ofrece una nueva concepción de la naturaleza de la lógica y de la verdad lógica, sino que se aclara la utilidad de múltiples mecanismos, signos, nociones, etc., empleados en lógica, como la variable, la cuantificación, la identidad, los paréntesis, el signo de aserción o las constantes lógicas. De ahí que lo que en el *Tractatus* se sostiene no sea más que aquello que proporciona la perspectiva lógica, esto es, la filosofía inspirada en la lógica. Así, Wittgenstein nos da los rasgos lógicos de la realidad, los rasgos lógicos del lenguaje, los de los números, de la probabilidad, de las teorías científicas, de la ética, etc. Eso es, tal como yo lo veo, el *Tractatus Logico-Philosophicus*.

Ahora bien, como vimos, aunque sin reconocerlo, muchos de los puntos de vista del *Tractatus* han sido de hecho adoptados por incontables filósofos y en su inmensa mayoría sin siquiera enterarse de ello. Podemos, pues, afirmar que son los filósofos profesionales actuales quienes mantienen vigente al *Tractatus*, a menudo sin percatarse ni de lo uno ni de lo otro. Desde las filas de la filosofía tradicional, por consiguiente, no visualizamos adversarios decisivos en su contra. Pero el *Tractatus* sí tiene un enemigo de talla y, yo diría, un enemigo mortal. Su verdugo se llamaba '**Ludwig Wittgenstein**'. Al desarrollar Wittgenstein su segundo y enteramente original modo de pensar, ciertamente el blanco principal de sus despiadadas

y demolidoras críticas fue en primer lugar la filosofía del *Tractatus*, pero junto con ella la obra filosófica de su exmaestro, Bertrand Russell y como una inevitable consecuencia de ello, el todo de la filosofía clásica, tradicional, estándar, convencional. Lo que el Wittgenstein de las *Investigaciones* logró fue desplazar lo que identificamos como la 'perspectiva lógica' y reemplazarla por lo que podríamos llamar la 'perspectiva praxiológica'. Este cambio de perspectiva significó un cambio radical en la concepción del lenguaje, el abandono de la visión calculista y proposicionalista, el repudio de todo intento de fundamentación de las prácticas humanas o, como las denominó Wittgenstein, de las formas de vida, la reivindicación del carácter esencialmente público del lenguaje natural, el rechazo brutal de todo mentalismo y más en general de toda mitología filosófica. Pero esto nos coloca entonces en una situación singular, por no decir increíble: en su *Tractatus* Wittgenstein presentó de manera delineada el núcleo lógico de los prejuicios filosóficos usuales y el mismo Wittgenstein, con sus *Investigaciones Filosóficas*, acabó con el *Tractatus*. Yo creo que es claro que **nadie** ha llevado a cabo un ataque tan demolidor contra la filosofía del *Tractatus* como lo hizo el Wittgenstein de la madurez.

Si lo que he dicho es acertado, entonces queda claro que la situación filosófica del *Tractatus* es ambigua. Si no nos interesa la filosofía del segundo Wittgenstein, si nos desentendemos

del modo de pensar plasmado en las *Investigaciones Filosóficas*, entonces el *Tractatus Logico-Philosophicus* brilla como una de las piezas más valiosas de la historia de la filosofía, como una fuente fantástica de ideas y como un libro permanentemente vanguardista. Pero si lo contemplamos desde la perspectiva de la segunda filosofía de Wittgenstein, de ese particular modo de hacer filosofía que simplemente no tiene antecedentes en la historia de la filosofía, entonces el mercedamente célebre *Tractatus Logico-Philosophicus* se nos aparece como una reliquia, como un texto cubierto de polvo y de telarañas, esto es, como una pieza más en el museo de la historia de las ideas.

